

Conchita Baez

“Pinto mujeres porque es lo que conozco”

Laura Martí

Dedicarse a la pintura era algo que no podía ni pensar ni desear la niña Conchita que estudiaba dibujo; mucho menos lo hacía la adolescente Conchita que tocaba el piano, cosía de maravilla, era obediente y bien portada, y estaba lista para encontrar marido. De modo que, como era correcto, Conchita esperó un poco y lo que esperaba llegó: se casó y tuvo hijos; pero quince años después lo inesperado también llegó y un día cualquiera Concepción Baez decidió ser pintora.

“En realidad yo empecé a pintar desde que tenía cinco años porque

siempre me gustó mucho y por eso tomé clases de dibujo y pintura, primero con Carmen Jiménez Labo-
ra y más tarde con el maestro Orozco Romero, en un grupo superselec-
to que tuvo y que estaba integrado por pintores buenísimos como Ace-
ves Navarro, Coronel, Badillo, Ma-
rio Orozco Rivera y Gerardo Cantú.

“Desde luego, en ese tiempo a mí ni se me ocurría la idea de ser pin-
tora; ni siquiera hice la carrera com-
pleta, sino que solamente iba a clase
por las tardes, al taller libre. Enton-
ces la pintura no era más que un
adorno más, porque a una niña de
mi época sólo le enseñaban cosas

así, convenientes, como costura,
bordado, piano y todos las gracias
que pudiera una tener. Claro, yo
creo que para mi familia y para mí
era un adorno más, pero no para
mis maestros: para ellos debe haber
sido una lata.

“Nada más estuve dos años en el
taller libre y después me casé y dejé
de pintar un tiempo largo, como
quince años más o menos. Hacía un
cuadrillo de vez en cuando, pero na-
da en serio.

“Un día, después de tantos años
de dedicarme a mi casa, a mis hijos
y a mi esposo, me di cuenta que mi
vocación, lo que realmente me gus-
taba, era la pintura, y ese día decidí
regresar a la escuela. Me inscribí en
La Esmeralda en 1974 y cursé toda
la Licenciatura en Artes Plásticas,
y desde entonces ya no he dejado
de trabajar ni un solo día; pero fue
difícil, tuve que enfrentar muchas
cosas.

“La verdad, tienes que tener mu-
cho valor para dedicarte a la pintura
porque es una profesión durísima
y para una mujer es más difícil, por-
que todas las profesiones son más
difíciles para nosotras. A mí se me
complicó un poco más porque em-
pecé a estudiar tarde, cuando ya te-
nía la responsabilidad de mis cuatro
hijos y de mi casa. Me tenía que le-
vantar al alba para poder hacer la
carrera en la mañana, y de la escue-
la salía corriendo para llegar a pre-
parar la comida, y en la tarde tenía
que repartirme para poder hacer mi
tarea y al mismo tiempo ayudar a
mis hijos a hacer la suya.

“Como era lógico, al principio
nadie me tomó muy en serio; yo
creo que pensaban que era una
especie de terapia para mí o un en-
tretenimiento más. Pero en realidad,
cuando entré a la escuela yo ya es-



taba convencida de que me iba a dedicar a la pintura aunque nunca vendiera un cuadro o aunque nunca expusiera, eso era lo que quería hacer y no otra cosa. Lo que pasa es que es difícil que te tomen mucho en cuenta, sobre todo cuando has sido señora de tu casa quince años.

“Con el tiempo mi familia se dio cuenta de que yo no estaba jugando y lo aceptó y lo respetó, incluso mis hijos siempre ne han apoyado mucho. Sin embargo, el resto de la gente, mis amigos y conocidos, no lo tomaron tan bien y puedo afirmar que el dedicarme a la pintura sí me ha costado muchas cosas en el terreno social.

“Sucede que tengo todas las agraves que hay que tener en esta vida. Soy mujer y eso, en sí, es ya una dificultad. No soy joven valor de la pintura porque no soy una jovencita, pero tampoco me puedo ubicar con los pintores de mi generación porque ellos empezaron a trabajar mucho tiempo antes que yo. Soy autosuficiente y eso es un golpe al hígado para muchas personas. Soy divorciada y aunque las cosas han cambiado mucho en ese aspecto, yo he sentido que todavía no se modifican lo suficiente.

“Por otro lado, soy pintora, y yo me he dado cuenta de que para muchas personas el ser artista es sinónimo de que estás en la bohemia, o sea que estás en la necia, en la borrachera, en la perdición, en la parranda o en yo no sé qué cosas, pero siempre en las peores.

“Por si todo esto fuera poco, tengo otro punto en mi contra: vendo mi obra, lo que quiere decir que mi trabajo gusta.

“Cuando nunca vendes y estás aburrida todo el mundo se compadece de ti y todos se fascinan contigo, porque te tienen lástima. Por ejemplo, si te quedas viuda la cosa es más o menos así: “¡Pobrecita! Dios le quitó a su marido, y además la pobre está tan gorda, y la pobre está tan pobre. . . ¡No tiene un quinto! ¡Pobrecita. . . y con todos los hijos que tiene! Pero bueno, ella trabaja veinte horas por sus hijos y

todas las tardes reza y da gracias a Dios por la prueba que le ha mandado”. En esos casos te adoran, y si además tienes un hijo mongólico, eso es ya el colmo de la compasión.

“Por el contrario, cuando tienes mi edad y eres autosuficiente, y estás delgadita, y estás contenta, y eres feliz y ganas dinero, es el apoteosis. A la gente no le gusta eso y yo lo pude comprobar con el grupo de personas que se llevaban conmigo cuando estaba casada: no me han vuelto a invitar a ningún lado; a veces me han hablado por curiosidad, para ver qué estoy haciendo, pero nada más.

“También en el medio he tenido bastantes problemas, pero básicamente ha sido porque no me ubico ni con la generación de pintores de mi edad ni con los jóvenes valores porque ellos están en una onda totalmente diferente a la mía. Cuando entré a La Esmeralda los estudiantes me rechazaban y constantemente me decían que le dejara el lugar

a los jóvenes, que les estaba robando el aire, o hacían comentarios como “¡Ay, las amas de casa!” o “¡Ay, las señoras!” Pero eso sólo fue el primer año porque después me impuse, tanto con mi actitud como con mi trabajo, que me valió el premio a la mejor estudiante de la generación.

“Cuando estaba recién egresada de la escuela las cosas no fueron tan difíciles. Ya había tenido algunas exposiciones individuales en el Reloj de Polanco, en El Agora, en la Galería Chapultepec y en el Museo de la Ciudad de México, cuando me fui a vivir a Chile y eso fue buenísimo para mí porque tuve que pintar sola; antes siempre lo había hecho en la clase y tenía la opinión de mis maestros y de mis compañeros, pero en Santiago me enfrenté a la tela yo sola y así, al mismo tiempo, me paré delante de mí misma, de mis opiniones, de mis cosas.

“Allá tuve una exposición individual en el Museo de Arte Contem-





poráneo de Santiago, que fue todo un éxito. La conseguí porque, a pesar de no conocer a nadie, decidí mostrar mi trabajo, así es que fui a ver a la directora del Museo y le enseñé mis cosas, y como le gustaron organizó una exposición muy grande con mi obra.

“Después de dos años en Chile regresé y entonces sí que me enfrenté con problemas, porque volver a entrar a las galerías y a los museos es difícilísimo. Además, mi pintura no estaba en la onda del momento, en la transvanguardia, o sea que yo no pinto vacas destripadas ni señores haciendo pipí ni niños inhalando tiner. Sé que todo eso existe, pero no me da la gana pintarlo porque si voy a poner la obra arriba de mi cama o de mi mesa de trabajo, nada más con ver el cuadro me voy

a poner nerviosa y ya no voy a tener ganas de verlo; yo creo que una obra de arte, independientemente de su tendencia, te debe de gustar. Yo prefiero ver unos niños que sean más optimistas, más normales y eso es lo que pinto.

“La verdad es que a mí no me interesa el tema de una obra sino cómo está pintada, pero la tendencia actual es a usar la pintura como medio para transmitir mensajes, y yo opino que una obra plástica no debe tener mensaje, no debe ser descriptiva, basta con que tenga armonía plástica.

“Un cuadro, lo mismo que una sinfonía, no tiene por qué tener argumento, para eso hay novelas, películas y teatro. Una pintura sólo debe darte placer, no tiene una finalidad práctica, ni política ni social;

un cuadro puede provocarte alegría o tristeza cuando lo ves, pero necesariamente te debe gustar antes de despertar en ti un sentimiento, aunque no puedes explicar qué es lo que te atrae.

“Yo comprendo el punto de vista de esos pintores que utilizan su trabajo para hacer una denuncia, pero creo que es a los periodistas o a los cronistas a quienes le toca hacer las denuncias y no a los pintores; es posible que algunas fotografías sí funcionen para este fin, pero mis cosas no son así y si eso me cierra puertas pues ni modo, yo no puedo pintar a un niño ahorcado, simplemente no puedo”.

Inevitablemente, a Concepción Báez, la pintora, le sucedió lo mismo que le sucede a todos los artistas que quieren hacer obras originales: para encontrar una temática adecuada tuvo que recurrir a sí misma, a su formación, a sus experiencias, a su intimidad. . .

“El tema que más me gusta pintar es el de las mujeres porque es mi mundo y lo conozco bastante bien; casi siempre quiero pintar sus estados de ánimo y a veces las retrato con su gato, con sus amantes, con sus niños, con sus flores, con su tristeza o con su soledad. Esa soledad de las mujeres es una de las cosas que más me interesa captar en mis cuadros, porque el nuestro es un mundo de aislamiento y no tenemos cabida en el otro mundo, que es el de los hombres.

“Bueno, a una que otra ya de repente nos dan permiso, pero yo me refiero al ochenta por ciento de las mujeres que no tienen acceso a los negocios, al dinero, a la fama, al poder, a la cultura, sino que viven recluidas entre las cuatro paredes de sus casas, trabajando en su cocina y sin hablar siquiera con sus vecinos. Y, claro, siempre están en una soledad casi absoluta. A esas mujeres son a las que quiero pintar en mis cuadros, con sus estados de ánimo y con todas sus cosas, porque son las que viven el mismo mundo que yo ya conozco y ya he vivido”. 